

Ⓜ LASSE HOLM Ⓜ

LOS HIJOS DEL REY VIKINGO

LEYENDA



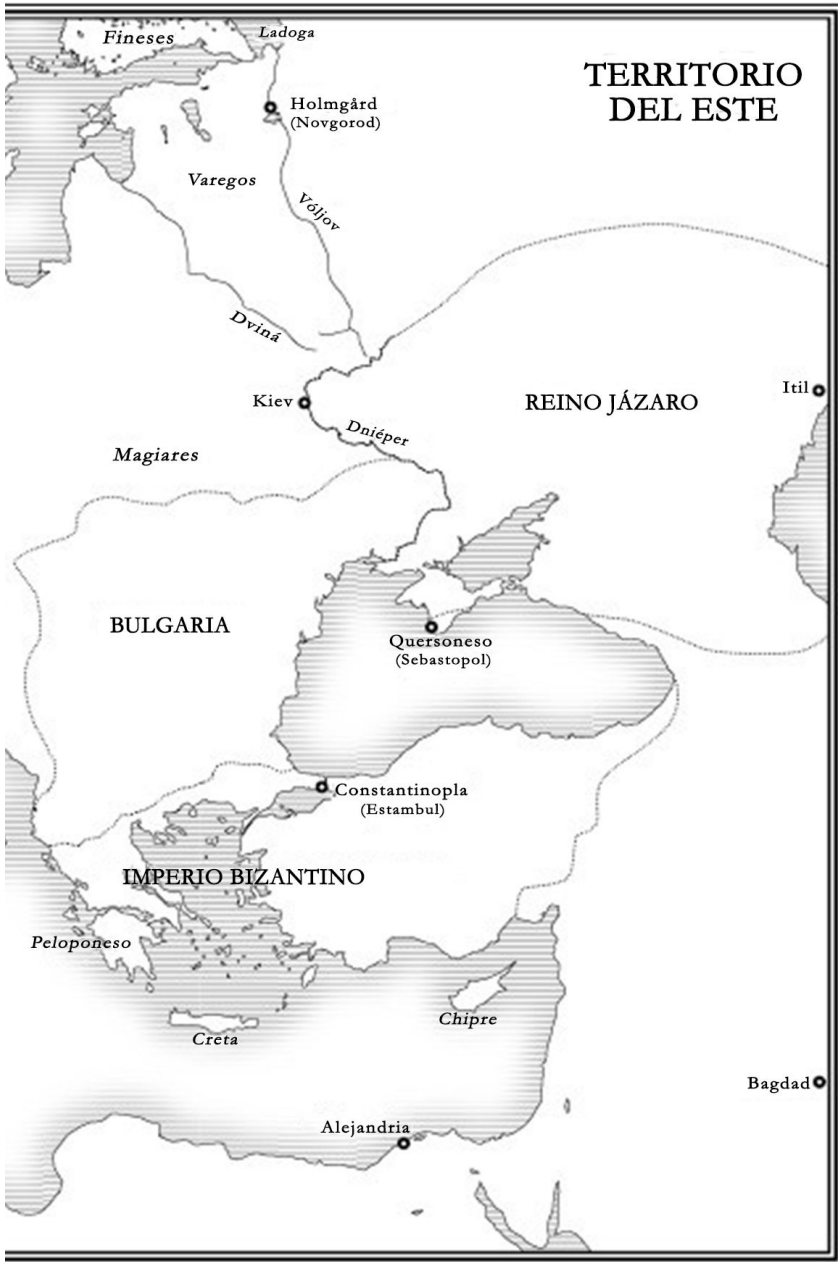
Ragnar, el rey vikingo, ha sido brutalmente asesinado. Pero sus cinco hijos siguen con vida y claman venganza.

Primavera del año 873. Rolf y los hijos de Lodbrog sirven en la guardia de Constantinopla, y estar sometidos a los caballeros cristianos no es nada de su agrado. Cuando una noche encuentran al tercer hombre más poderoso del reino asesinado, muchos sugieren que los culpables provienen del Norte, tierra de vikingos, empezando así una carrera contrarreloj para demostrar lo contrario.

La última entrega de la apasionante trilogía Los hijos del rey vikingo cierra de forma magistral una serie histórica que ha conquistado a miles de lectores.







## LISTA DE PERSONAJES

ARGYROS: Eunuco, anterior ayuda de cámara.

ASKOLD: Rey vikingo de Kiev junto con Tyr.

BASILIO I: Emperador de Constantinopla.

BELLA: Esposa sajona de Sigurd Ojo de Serpiente, medio hermana de Rolf.

BJORN COSTADO DE HIERRO: Hijo mayor de Lodbrog y padre adoptivo de Hastein.

CARONTE: Barquero.

CHALDOS: Noble arrogante y eparca de Constantinopla.

CONSTANTINO: Ayuda de cámara de Basilio I.

EULOGIOS: Comerciante persa acomodado.

FOCIO: Anterior patriarca de Constantinopla.

HALFDAN CAMISA BLANCA: Hijo menor de Lodbrog, guerrero irascible y con pundonor.

HASTEIN: Hijo adoptivo de Bjørn Costado de Hierro.

HJALMAR MELENUDO: Conde despreciable. Calvo y de barba larga.

IGNACIO: Actual patriarca de Constantinopla.

IVAR SIN PIERNAS: El segundo y más intrigante de los hijos de Lodbrog.

JARVIS: Antiguo hermano lego y enviado del papa.

KHALID: Muchacho moro y mejor amigo de Rolf.

*MAGISTER OFFICIORUM*: Eunuco, jefe de ceremonias del emperador.

MIGUEL: Anterior emperador de Constantinopla.

RAVN HIJO DE BUE: Guerrero vikingo con huesos en la barba trenzada.

ROLF LENGUARAZ: Narrador y el mejor amigo de Khalid.

RORIK: Señor de Holmgård (Novgorod).

SIGURD OJO DE SERPIENTE: Hijo mediano de Lodbrog, conde de comprensión lenta.

THARKAN BALIQCHI: General jázaro.

TYR: Rey vikingo de Kiev junto con Askold.

YLVA: Escudera.

## PRÓLOGO

### NORMANDÍA, AÑO 930

*Yazco sumido en el sopor de una borrachera cuando unos hombres armados irrumpen en mi aposento. Son ocho en total. Se sitúan formando un semicírculo delante de la puerta. Al resplandor de las antorchas que portan, refulge el dorado de las columnas y los estucos de la habitación. Estoy completamente vestido y enredado entre las sábanas de seda. Cuando logro liberarme de ellas e incorporarme, el mundo me da vueltas alrededor. Me invaden las náuseas, exhalo un gemido y vuelvo a hundirme en la almohada empapada de sudor.*

*Mi ayuda de cámara, que permanecía echado sobre el banco a los pies de la cama, se levanta de un salto para impedir la entrada a los hombres. Su voz es un grito estridente de angustia diciendo que no pueden entrar allí y que hagan el favor de irse por donde han venido. Un gesto inútil. El hombre que se halla a la cabeza de los ocho se separa del grupo para dirigirse hacia la cama. El ayuda de cámara intenta detenerlo, pero uno de los otros hombres saca una daga y se la clava. El infeliz lanza gritos de dolor y cae cubriéndose el rostro con las manos.*

*Solo entonces, al ver la sangre de mi ayuda de cámara fluir entre sus dedos, me doy cuenta de la gravedad de la situación. Al mismo tiempo, otro de los hombres desenvaina su espada. Instintivamente, extendiendo mis manos para evitar el golpe. El dolor sube por mis brazos como un relámpago. Pierdo la conciencia un breve instante. Cuando*



vuelvo en mí, aturdido, compruebo que hay sangre en mi refinado manto color púrpura. Sangre en la ropa de la cama. Sangre por todas partes. Mi visión se empaña, igual que si me encontrara bajo el agua. Intento decir algo, pero no logro que un solo sonido salga de mis labios. No descubro qué ha sucedido hasta un momento después.

Mis dos muñecas terminan en un corte sesgado. De las heridas manan rítmicamente torrentes rojos en dirección al techo. Una de mis manos descansa sobre mi caja torácica. La otra ha caído en el borde de la cama. Parecen un par de descoloridos animales sin vida con las patas al aire. Han dejado de formar parte de mí.

Exteriorizo mi dolor mediante un alarido salvaje, bestial.

Y precisamente el grito me despierta del sueño. Parpadeo en la oscuridad mientras miro a mi alrededor. Comprendo que he sido yo mismo quien ha gritado cuando mi guardia personal abre la puerta y, con ojos ansiosos, inspecciona la estancia.

—No ha sido nada —digo, indicándole con un gesto que puede retirarse.

Sin embargo, sí tiene importancia, y hay una razón por la que, en el sueño, me pongo en el lugar de la víctima aunque hayan pasado más de sesenta años desde el sangriento atentado. El hombre de las manos amputadas ocupa actualmente mi pensamiento, aunque jamás llegase a conocerlo.

Intento bajar de la cama. Necesito tomar impulso dos veces antes de lograr levantarme. Soy un anciano al que cada despertar le procura nuevas incomodidades. He descansado apoyándome sobre uno de mis brazos, que ha quedado insensibilizado y flojo cual porción de carne ajena. Lo agito al tiempo que estiro los dedos hasta que la sangre vuelve a revivificarlo. Llego cojeando hasta la pared y me recuesto en una fría superficie irregular de piedra. Entretan-

to, los dolores de los diferentes lugares de mi cuerpo se unifican en un estado de vigilia. Al otro lado de la ventana abovedada, el cielo no ha comenzado siquiera a clarear, sin embargo, ya no puedo seguir durmiendo.

No presto atención a las vistas sobre el bosque y el río. El mundo ha dejado de interesarme. En lugar de ello, deambulo por el dormitorio. Paso frente a la gran chimenea, donde aún arden las brasas, junto a la mesa con el pan, el queso y el embutido intactos de la cena. Como siempre, acabo en el pupitre, donde me espera una hoja de pergamino en blanco.

Desde que comencé este magno proyecto, supe que la tercera parte de las crónicas de mi accidentada vida resultaría la más difícil de escribir. No porque me cueste recordar los hechos que tuvieron lugar hace tantísimo tiempo, pues se me presentan con mayor claridad que los sucesos actuales, sino porque me causa mucho más dolor del que hubiera esperado recordar ahora a los muchos amigos, guerreros y compañeros de armas a los que conocí tan a fondo y que murieron en el camino.

Durante semanas he vacilado igual que si me hallara al borde de un abismo. He dudado de mí mismo y he estado a punto de renunciar. Sin embargo, ese sueño me ha devuelto la inspiración de una manera sorprendente.

Ahora ya sé por dónde tengo que comenzar.

## PRIMERA PARTE

### Delta del Nilo, primavera de 873

## 1

La muerte me aguardaba en aquellas fangosas aguas poco profundas. Me abría camino entre los juncos tanteando el accidentado fondo del río con mis pies descalzos. Cuando el agua me llegó hasta los pantalones, que había doblado por encima de las rodillas, me incliné hacia delante con un cubo en cada mano. Presioné los cubos hasta hundirlos bajo la superficie y, mientras se llenaban, me erguí dirigiendo la vista por encima del bosque de verdes juncos que se reflejaban en el agua. Las primeras horas de la tarde eran calurosas y húmedas bajo el disco blanco del sol.

El monstruo fluvial atacó sin previo aviso. Si un momento antes el agua discurría perezosamente por mi lado, al instante se agitó convirtiéndose en espuma. La boca del monstruo, repleta de dientes desgastados, me arrancó con brutalidad el cubo de la mano. Su cuerpo oblongo rotaba con violencia sobre sí mismo, sus largas y fuertes mandíbulas trituraron el cubo hasta convertirlo en astillas. Mientras los restos sobrenadaban por mis pantorrillas desnudas, un par de ojillos de mirada fría y despiadada se clavaron en mí.

Giré sobre mis talones y eché a correr. Grandes chorros de agua saltaban a mi paso hasta que, medio empapado, alcancé la orilla. Cuando ya pensé que estaba en un lugar seguro, me volví para ver qué era lo que había intentado matarme. Con gran asombro constaté cómo un cuerpo alargado de color verde grisáceo y movimientos ágiles me perseguía sorteando las hierbas que me llegaban hasta la rodilla. Reculé a trompicones mientras abría la boca para chillar.

Se oyó un grito a mis espaldas. Por mi lado cruzó una silueta. La punta de una lanza refulgió al sol y se hundió. Bajo

la cota de malla reconocí las anchas espaldas de Ravn Hijo de Bue, que maldecía. De la hierba a sus pies emergió un sonoro bufido. Hundió la lanza todavía con más fuerza. Una vez que todo quedó en calma, se irguió jadeante para asegurarse de que yo estaba ileso.

—Hay que andarse con mucho cuidado por estas tierras —dijo sacudiendo la cabeza, de modo que los huesecillos al final de las trenzas de la rubia barba se columpiaron.

Su lanza se hallaba profundamente incrustada en una cabeza alargada y plana. La bestia, cubierta de escamas desde el morro hasta la cola, tenía la longitud de tres hombres altos. De su mitad sobresalía un vientre abombado entre cuatro patas achaparradas. Era inverosímil que esos pequeños miembros pudieran aguantar un cuerpo tan pesado; sin embargo, el animal corría más deprisa que yo entre la hierba.

—*Ti práttete ámpho?!*

El grito procedía de la galera de tres palos que se alzaba como una casa en la orilla más apartada del islote. Junto a la borda se hallaba el enviado diplomático del emperador, que nos miraba de forma inquisitiva con una sonrisa expectante en su cara redonda. Se llamaba Chaldos.

—¿Qué dice ese hijo de puta? —murmuró airado Hijo de Bue.

—Pregunta qué estamos haciendo. —Traduje yo del griego, y le respondí gritando en latín—: *Dominus*, he sido atacado por un monstruo terrorífico, una bestia escamosa con morro largo y cientos de dientes salida de los abismos más oscuros del Infierno.

—Se llama cocodrilo, pedazo de bárbaro ignorante. Hay muchísimos aquí en el Nilo. Id con más cuidado.

Se lo traduje a Ravn Hijo de Bue.

—¿Quieres decir que el gordinflón nos envió a recoger agua sabiendo que nos aguardaba el monstruo?

—Debía de saber que había esa posibilidad. Un poco de emoción hace que el tiempo pase más rápido durante

una larga travesía.

A menudo los hombres poderosos echan de menos algo de diversión. Chaldos no era una excepción.

—Yo le daré emociones —murmuró Ravn Hijo de Bue mientras con un movimiento iracundo tiraba de la lanza para sacarla de la cabeza del cocodrilo.

—Sería más sensato que sonrieras haciendo como si nada.

Chaldos era eparca de Constantinopla y el tercer hombre más poderoso del Imperio bizantino. Podía tratar a sus subordinados como quisiera, pues su poder se lo había otorgado el emperador, elegido ni más ni menos que por el Cristo Blanco. Cualquier disensión no solo se consideraba alta traición, sino además un sacrilegio. Y a todo aquel que fuese culpable de sacrilegio se le sacaban los ojos y se le enviaba a un monasterio para que rezase de rodillas hasta el fin de sus días. Un orgulloso guerrero apenas podía imaginarse mayor infortunio.

—¿Por qué nos habrán elegido precisamente a nosotros para escoltar a ese meón de tumbas? —preguntó Ravn Hijo de Bue.

—De verdad que no lo sé.

Cruzamos la isla. Junto a la pasarela del barco rellené con agua fluvial el cubo que el cocodrilo había respetado. En el puente nos esperaba Chaldos, con las piernas separadas y los brazos cruzados. Era barrigón y de pelo rojo pálido. Alrededor del mentón su barba era rala. Sin ella, su rostro habría carecido de contornos, como la luna.

—Llevabais dos cubos cuando os fuisteis —observó.

—Excelentísimo señor, un cocodrilo devoró el otro antes de que mi amigo lo matase.

La cara redonda de Chaldos se iluminó con una sonrisa cuando tuvo una nueva ocurrencia:

—Los cubos cuestan dinero. Así que tú mismo lo restituirás, bárbaro.

Noté cómo detrás de mí Ravn Hijo de Bue se enderezaba para agarrar vigorosamente la empuñadura de la lanza. Aunque no comprendía las palabras, percibió el escarnio en la voz y el tono del eparca.

—Será un placer restituir lo que he echado a perder por mi negligencia, venerabilísimo eparca —dije.

La sonrisa de Chaldos palideció, decepcionado por que yo no hubiese protestado. Sus estrechos ojos me escudriñaban con una mirada que me recordó la del cocodrilo. Después, con un gesto blandengue de la mano, indicó que nos fuésemos y prosiguió hacia la proa de la galera a través de la cubierta de paso, entre las dos largas fosas hundidas donde los esclavos se sentaban en filas a los remos.

—Tira esa agua salobre —me dijo sin girarse—. Tenemos agua más que suficiente a bordo.

En ese momento, salvé la vida del eparca. Sujetando con una mano el brazo de Ravn Hijo de Bue impedí que él le clavase la lanza en la espalda, atravesando la saya entretejida con plata noble.

Mi intervención no hizo sino retrasar lo inevitable.

De todos modos, pocos días después, la muerte se llevó al eparca Chaldos.